

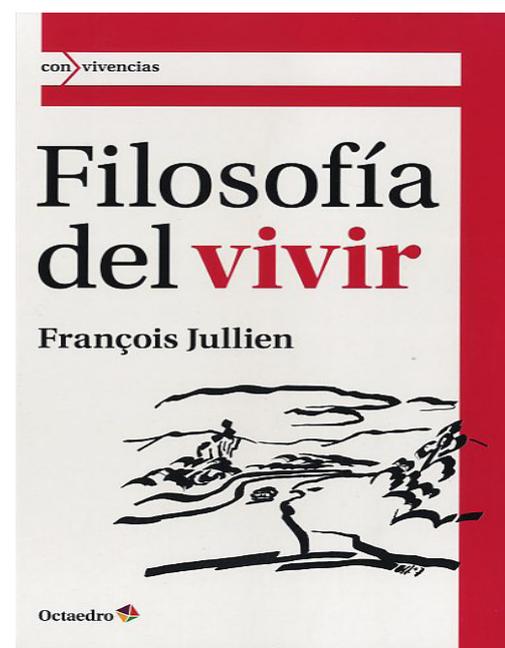
VIVIR más allá de lo metabólico, vivir plenamente, esa es la tarea del ser humano. Cualquier otra actividad está subordinada al acto de vivir al que estamos abocados por más que su esencia se nos escapa una y otra vez. ¿Qué puede aportar hoy en día la filosofía a este respecto? El filósofo François Jullien, en su libro *Filosofía del vivir* traza para la filosofía un camino que transite entre la moral y las promesas de salud y felicidad emanadas de una espiritualidad fácil.

En cinco capítulos precedidos de una breve introducción del propio autor, y a través de sus propias reflexiones y del pensamiento y obra de filósofos y escritores desde Grecia hasta nuestros días, Jullien intenta dar claves que permitan seguir un hilo discursivo, claro y fecundo, que abre tantas preguntas para el lector como señales e indicaciones da el autor, para entre ambos intentar traer cada línea de la escritura-lectura al presente, a ese presente que tan fácilmente solemos ignorar. Siempre, claro está, que no nos hayamos alineado (o pretendamos

FRANÇOIS JULLIEN, *Filosofía del vivir*, traducción de Elisenda Julibert González, ediciones Octaedro, Barcelona, 2011, 192 pp. ISBN 978-84-9921-244-9. (*Philosophie du vivre*, 2011).

seguir en) en las filas de los “ininteligentes”, de los “numerosos” que, “aun presentes, están ausentes” y busquemos, por el contrario, estar en el grupo de los “lúcidos”, de los “despiertos”; tal como preconizaban los griegos, para quienes vivir es mantenerse en la “presencia”, en lugar de hundirse en la “ausencia”.

Presentes en cuerpo, ausentes en espíritu, ¿dónde quedaría el espíritu ausente? Disperso, dormido en ninguna parte. ¿Pero, cómo se está presente en el presente? Heráclito nos dice que la capacidad necesaria es la aptitud para “encontrar”, “chocar”, como en un combate donde no se puede estar dormido o ausente. Ahora bien, ese “topar con” el presente, que podría derribar nuestras defensas con su energía e inmediatez, o al menos hacerlas retroceder, puede, por eso mismo, ser temible. Así que nos protegemos, y evitamos el dolor acaso, de la fuerza del choque (*enkuresis*) con el presente echando mano de ideas preconcebidas, imágenes guardadas previamente, convenciones, opiniones formadas (*doxa*), lo cual nos



permite amortiguar la vida y absorberla con mayor seguridad. Solo permitiendo el choque de los contrarios lograremos estar presentes en lugar de ausentes, pues no se puede estar ausente del combate (o sí se puede, y entonces llamamos a ese acto “cobardía” o “renuncia”, pues cuando estoy ausente, renuncio a vivir).

La ausencia socava, destruye, nos priva de la experiencia. La presencia capta, percibe, “piensa” la experiencia, de ahí que para los griegos sería el pensamiento, con su capacidad para elevar el espíritu y superar la oposición de los contrarios, la actividad humana capaz de reabsorber la ausencia en presencia (Heidegger sostiene que para los griegos “ser” es “estar presente”). Donde “ser” y “pensar” son uno mismo, entonces, para ser en el presente es imperativo *repensar* las cosas, y no consentir los juegos de la dispersión y la semejanza que dividen al ser (y al pensar). *Pensar es ser*: triunfar sobre la división de los opuestos

Para que el presente eclosiona, basta una decisión: “permitir a esa presencia tener lugar”, dejar que “se produzca un despertar”, en palabras de Heráclito. De hecho, el presente sería esa *decisión*. ¿Qué decido? Decido *no desviar, no aplazar*, si no, por el contrario, aceptar esa abertura que se ha producido, atenerse al carácter singular del momento, sin que, por ello, apunta el autor, haya de haber algo trascendente o misterioso tras ese encuentro con la experiencia, tal y como buscaba desvelar Proust, por ejemplo.

Ciertamente, acceder al presente, “permitir la embriaguez que le corresponde” supone un esfuerzo considerable que rompa con esa rutina que nos reduce a mínimos: mínimo respirar, mínimo pensar, mínimo sentir. De ahí que sea grande la tentación de escapar de la presencia y refugiarnos en la comodidad, dejando así escapar el momento. Ahora bien, solo la atención no bastaría para constituir el presente, cuyos límites no están claros (¿entre qué instantes está el presente?). No postergar, en



cambio, es una decisión que puedo tomar y que me permite establecer límites y, así, “en cuanto dejo de aplazar me anclo en el presente”. El presente solo existe si *decidimos* asumir lo que ocurre sin pretender retener, repetir o preservar y aceptar lo transitorio.

Opuesto y complementario del *no postergar* es la *demora*, dar tiempo al tiempo, dejar madurar, permitir que los procesos corran como aguas subterráneas hasta que sea el momento de su surgimiento. Decidir, actuar, pero no forzar los acontecimientos al comprender que, una vez en marcha, ni el proceso ni los resultados dependen por completo de mi voluntad. *Rechazo del aplazamiento, aceptación de la demora*. La unión de esos complementarios permite llenar el momento, no para prolongarlo en su indefinible longitud temporal, sino para ahondarlo en su profundidad.

Vivir sería entonces una cuestión no de moral, sino de estrategia: no eludir el presente y dejarlo reposar para que fructifique. Esto lleva al autor a volver la mirada ha-

cia el Tao Te Ching, palabra clave del pensamiento chino, denota al tiempo el autodespliegue de la inmanencia y el arte de los humanos para utilizarla: el avance del *proceso* y su *culminación* (donde todo está ya hecho, petrificado) justo antes de que comience el *retroceso*, la vuelta hacia la fuente del proceso. Vivir el presente sería permitir que las cosas nos alcancen sin salirles apresuradamente al paso, dejar que los resultados nos lleguen sin forzarlos, como no se puede forzar la maduración de las cosechas, perrechados para ello con las actitudes del *desprendimiento* y el *distanciamiento* que nos llevarán suave y naturalmente al resultado. En esa disyunción entre la emergencia/lo colmado se abre una fractura por la que la vida se abre paso en “la bien urdida trama de la razón”.

“El presente solo existe si decidimos asumir lo que ocurre sin pretender retener, repetir o preservar y aceptar lo transitorio”

Todo el mundo conoce lo bello en cuanto bello,
Y eso es entonces lo feo;
Todo el mundo conoce el bien en cuanto bien
Y eso es entonces el mal.
(Fragmento del Tao Te Ching)

Encuentra Jullien que la filosofía occidental funda su conocimiento en una lógica que por principio no admite lo que es y no es (lo contradictorio) y que sólo admite el logos de *definiciones-determinaciones* que captan la capacidad de la cosa en su *evidencia* (*culminación, plenitud* antes del comienzo de la *retirada*). Cuando la cosa está en su *evidencia*, la capacidad ya está en retroceso, petrificada, no viva. Cómodamente instalada en el estudio de objetos petrificados, (“la *episteme*, la ciencia, como ya advertía Aristóteles, procede de la misma raíz que *stenai*, detenerse”), ¿cómo puede entonces la filosofía occidental encargarse de un asunto vivo como es la vida que pasa constantemente de un contrario a otro? Y también, ¿cómo estudiar el fenómeno de la vida sin caer en el misterio o “el abismo de la Fe”? ¿O sin quedarse en la paradoja o en la provocación? (En el pensamiento europeo, fue el cristianismo quien produjo la brecha en la razón: un Dios que deja de ser

“¿Cómo estudiar el fenómeno de la vida sin caer en el misterio o “el abismo de la Fe”? ¿O sin quedarse en la paradoja o en la provocación?”

dios para ser hombre, un Dios que deja de ser dios para ser servidor, un Dios eterno que muere en la cruz, en un sacrificio expiatorio dirigido a sí mismo).

Para el Tao, entre los dos opuestos, entre el vacío y lo completo, entre el deseo y la satisfacción de ese deseo, se situaría, como una línea de puntos sin demarcaciones, el *entre, espacio donde todo ocurriría*. La vida no estaría tanto en uno de los opuestos, sino en esa tensión entre vacío-lleño. Una contradicción de opuestos que el pensamiento europeo se negaría a enfrentar, a diferencia del Tao, que en su rechazo de los extremismos, nos dice que habría más vida en esa transición que en cualquiera de los contrarios: la vida se movería en un movimiento fluctuante sin una finalidad determinada que, a semejanza de respiración, nunca alcanza el vacío total ni la completa saturación pero que mantiene *el continuum de la vida*. Por más que los opuestos tengan el mismo origen, en ese *continuum*, su manifestación sería única y singular, como corresponde a la magnificencia e inconmensurabilidad de la vida. “Dios

se diferencia como el fuego, que cuando está mezclado con aromas, se denomina según el perfume de cada uno de ellos”, leemos en Heráclito. Esta valoración del *entre* como fondo común (Dios de Heráclito) que a la vez los separa y comunica por encima de los extremos determinados, que son cambiantes, graduables y reversibles en su opuesto, sería para el autor una de las grandes transformaciones ideológicas si queremos analizar la vida, y que nos aleja tanto del *logos* como de la metafísica.

Por otra parte, y rechazando con ello la dialéctica, los opuestos mantendrían una relación en origen –“lo abismal, indiferenciado”- si bien poseen a la vez la capacidad de separarse y actualizar cada uno nuevas posibilidades sin por ello perder una relación de diálogo íntimo en el origen –“el fondo, lo indiferenciado”- , mientras que el *entre* es una zona ambigua en la que se da una apertura para avanzar en una dirección o en otra. “Hagamos de esta concepción nuestra herramienta para pensar la vida”, concluye F. Jullien.

“El vivir, «ese eterno silencioso, ese sobrentendido de todo lo que somos que sin embargo no oímos»”

Ahora bien, en esta experiencia de ambigüedad, ¿dónde quedaría el sujeto ético? ¿En qué momento se inclinaría por uno u otro término? Vivir implicaría tener en cuenta dos cosas (estrategia), apunta Jullien: por una parte, reconocer lo indiferenciado de las diferencias entre los extremos al tiempo que se tiene presente la separación entre ambos; y por otra, escoger, decidir, comprometerse más con un extremo que con el otro de modo que, al tiempo que se neutralizan las oposiciones, se activen las diferencias como modo de ampliar sus posibilidades de actuación, de igual manera que escogeríamos una u otra fragancia para echar al fuego, (fondo indiferenciado, Dios de Heráclito). Elegir desde la idea del *entre*, comprendiendo que cualquier pequeño detalle, un matiz en la elección, en el *vivir*, puede transformar la *vida*. Y, a partir de esa comprensión, junto a la observación de todo aquello que nos rodea e influye, acometer una gestión organizada del vivir en cada presente, en cada nueva situación que se abra (de nuevo la estrategia frente al *logos*

o la *moral*), si bien para ello habrá que entrar en el *vivir*, “ese eterno silencioso, ese sobrentendido de todo lo que somos que sin embargo no oímos”.

El pensamiento chino parte de “hay algo” (actualizado) y “no hay nada” (fondo común). Pero no bastará oponer movilidad a lo inmutable o ambigüedad a esencia. En palabras de Jullien, la filosofía occidental siempre “convierte lo que toca en una esencia”, mientras que la religión, “que mantiene una dimensión íntima, orienta el vivir hacia la Vida eterna”. Guerra declarada entre el *vivir* y el “concepto”. Siguiendo a Hegel, la contradicción no sería una deficiencia sino el elemento motor de la vida en cuanto tal, es decir, que la vida se entiende como ese todo que “se desarrolla” y “disuelve su desarrollo” y “se conserva en ese movimiento”. Vivir aquí, sin excusas ni dilaciones, lo cual no excluye la *trascendencia*, apunta Jullien, que sería, siguiendo a Nietzsche en este punto, un más allá de uno mismo; ir más allá de los límites, luchar

*En palabras de Jullien,
la filosofía occidental
siempre «convierte lo que
toca en una esencia»,
mientras que la religión,
«que mantiene una di-
mensión íntima, orienta
el vivir hacia la Vida
eterna»”*

y sobreponerse, llevar a cabo la propia obra, realizar la propia vida a modo de un artista del yo, renunciando, eso sí, al espejismo de una finalidad

En el *vivir*, la comunicación entre los contrarios, el paso y unión a la vez que separación de ambos, impide que uno de ellos emerja actualizado por completo mientras que su contrario queda anulado: esa reducción es la *muer-te*. La desviación es la forma en que el movimiento se produce para intensificar la polaridad que dará inicio a un nuevo movimiento, por lo tanto la posibilidad de reactivarse. Aceptar la desviación es necesario, no por afán de tolerancia, sino para fomentar el desarrollo, el movimiento, para escapar de la lasitud.

El *vivir* se despliega a través de la actividad del conocimiento, pero no de un conocimiento embelesado en sí mismo, advierte Jullien, sino en lo que él denomina *connivencia*, que denota “un saber tácito, no demasiado reflexivo ni explicable, el cual establece vínculos tenaces e íntimos” (*Connivere*: entenderse con un guiño). La

connivencia será lo que contradiga el conocimiento. El conocimiento se regiría por la organización a partir de un método y aplica sus condiciones tanto a la ciencia como a la política. Pero no es el único *saber*; *vivir* es una forma de saber armónica, que no precisa pensar en demasía, ni siquiera pensar sobre sí misma, que se integra en su contexto, no se separa, es oculto y poco explícito, no escinde al yo de su medio ni lo disecciona para entenderlo, es global, holístico, indiferenciado, precisa de tiempo y observación y práctica, es conocimiento analógico, la cara oscura del conocimiento objetivo y digitalizado. La connivencia es ese saber que se encuentra en todas las culturas primitivas, donde inteligencia y sensación no se dan por separado, donde el gesto comunica, donde “la prudencia es la reina y la atención la vía de adquisición”. El ser humano está inmerso en su medio y se fusiona con él al relacionarse con todos sus elementos mientras percibe todas sus manifestaciones al unísono, “el mundo

sigue existiendo para el hombre como *emergencia* y *vibración*”. Connivencia que es reprimida por la civilización, pero de la cual se mantiene siempre la nostalgia.

Vivir sería la alternancia de estas dos condiciones: *aumentar el conocimiento* o *establecer mayor connivencia*; la *emergencia* del *vivir* se sitúa entre ambas posibilidades, y la elección entre una u otra en cada momento depende más de la estrategia que de la moral.

Ahora bien, ¿cómo *accedemos* al vivir? Cuando lo liberamos de la finalidad y permitimos que sea contemporáneo de sí mismo, no abandonamos su inmediatez, nos situamos en ese pliegue amorfo del tiempo que es el presente del que aceptamos su ser incompleto pero donde aceptamos que lo tenemos todo mientras nos distanciamos para dejarlo *emerger*, “cuando al pasear, paseamos, al bailar, bailamos y al dormir, dormimos”.

Dado que ese aquí y ahora no puede abordarse directamente, hay que acceder de forma indirecta, dejando que los hechos se transparenten (*transparencia*) y se revelen así, a

“Vivir es una forma de saber armónica, que no precisa pensar en demasía, ni siquiera pensar sobre sí misma, que se integra en su contexto, no se separa, es oculto y poco explícito, no escinde al yo de su medio ni lo disecciona para entenderlo”

través de, atravesando lo otro, de forma oblicua, indirecta, como la luz de la mañana ilumina el mundo, el mundo que acaba de atravesar el opuesto, la oscuridad, y en ese emerger se revela, por mediación de la noche, antes de que el día culmine. ¿Cómo percibir esta inocencia y esta frescura sin caer en el lirismo o en la religión? Evitando dos errores: el primero, dar el mundo por supuesto, y el segundo, intentar alcanzar el vivir mediante la mediación interminable y finalista del logos-razón, cuando el vivir es un proceso que hay que construir, el mundo hay que hacerlo surgir - pues no está dado de antemano-, sin por ello aplastarlo con las mismas herramientas con que debemos erigirlo.

Recapitemos las etapas de este nuevo saber que nos propone F. Jullien en su libro *Filosofía del vivir*:

*“Evitando dos errores:
el primero, dar el mundo
por supuesto, y el segun-
do, intentar alcanzar el
vivir mediante la me-
diación interminable y
finalista del logos-razón”*

I. Renunciemos al aplazamiento, para permitir que surja el momento y que este se expanda en la demora que le permite madurar.

II. Evitemos que el vivir coincida con cualquier propiedad. Consideremos la emergencia antes que la culminación.

III. Renunciemos a la Finalidad y aceptemos que el vivir se produce y sostiene en el entre, en el diálogo entre los extremos y no en los extremos.

IV. Pensemos en el vivir como algo intrínseco a la contradicción de los conceptos que dialogan en su interior, y que así lo abren y lo liberan.

V. Renunciemos a la ilusión del mundo dado de antemano.

